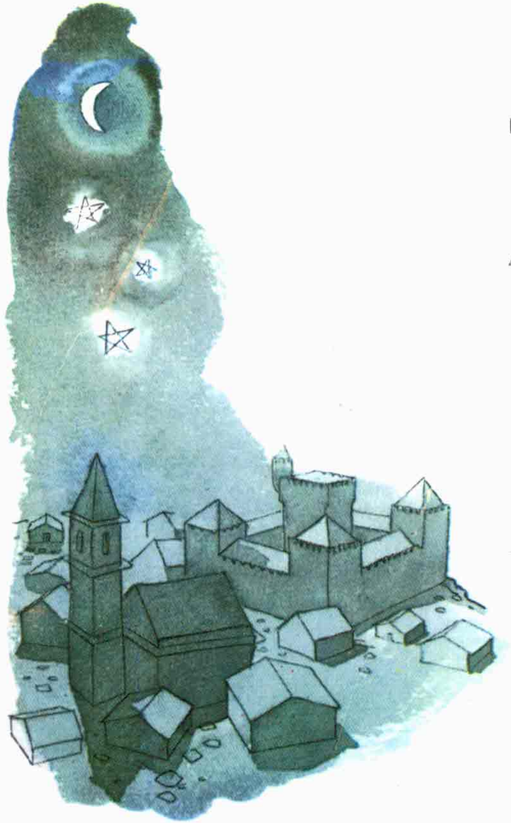
SAN LUIS GONZAGA

SAN LUIS GONZAGA



POR

Carolina Toral Peñaranda

Ilustraciones por Félix Fuente

APOSTOLADO MARIANO
Recadero, 34
41003-Sevilla

Nihil Obstat
El Censor,
Dr. Cipriano Montserrat, Pbro.
Prelado Doméstico de S. S.
Barcelona, 8 de enero de 1960

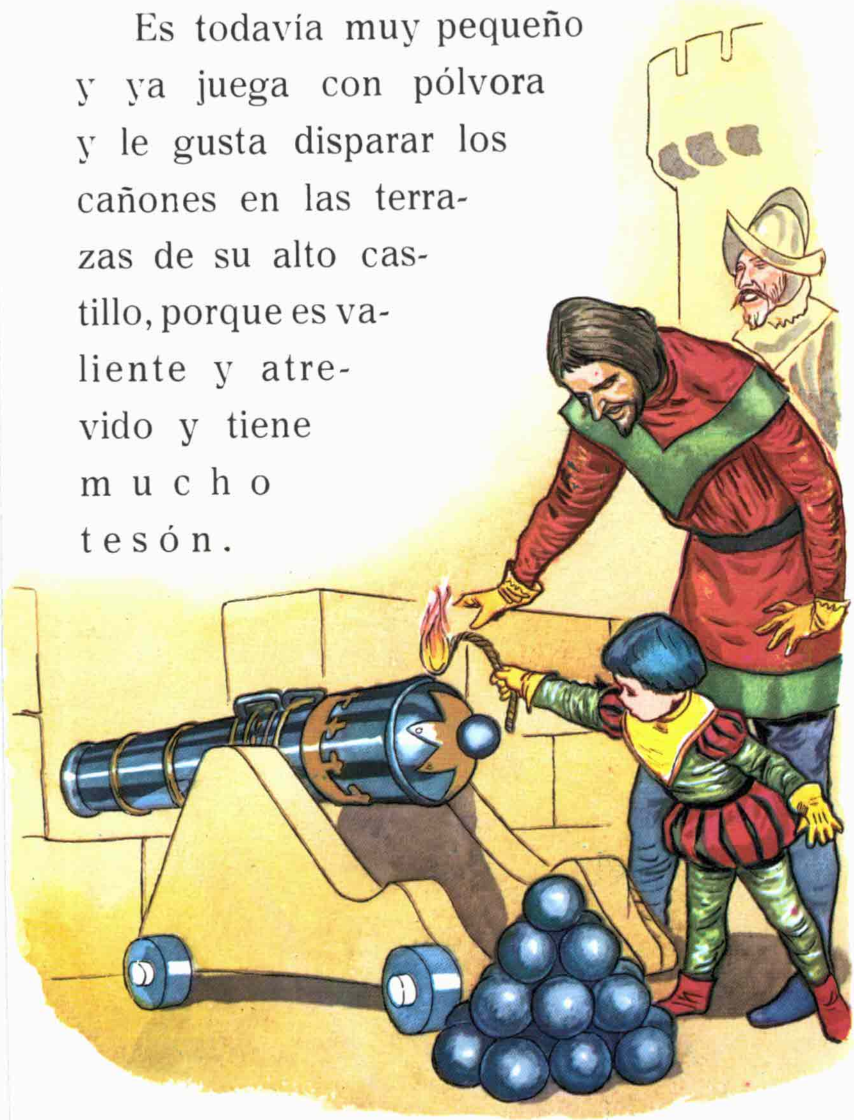
Imprímase:
† Narciso, Obispo Auxiliar
y Vicario General

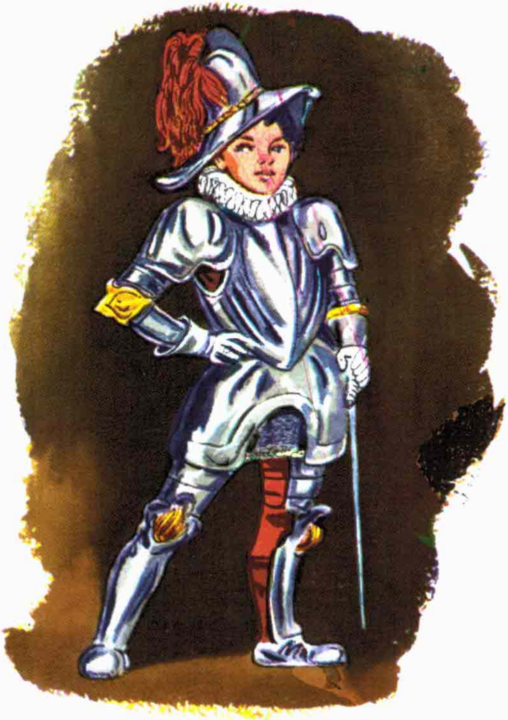
Por mandato de su Excia. Rvma.
Dr. Alejandro Pech, pbro.
Canciller - Secretario

Un día, tres de marzo de 1586, nace en Italia un niño. Es hijo de Don Fernando de Gonzaga y su esposa Doña Marta, Marqueses de Castellón, y Príncipe del Imperio.

Durante tres días tocan alegres las campanas de las Iglesias, truenan los cañones y manan vino las fuentes de las plazas.

Es todavía muy pequeño y ya juega con pólvora y le gusta disparar los cañones en las terrazas de su alto castillo, porque es valiente y atrevido y tiene mucho tesón.





Luis es el mayor de los ocho hermanos, a los que hace jugar y pasar revista a las tropas de su padre.

A los cinco años se pasea entre los soldados con su pequeña y brillante armadura, su espadín al cinto, su casco y su arcabuz; es querido de las tropas, a las que imita en todo, hasta que su profesor le regaña por ello.

A Luisito le gusta mucho jugar con las armas de fuego; una vez se le dispara el mosquete y le quema la cara; en otra ocasión carga el cañón con pólvora que estalla y le hace caer al suelo lleno de heridas.

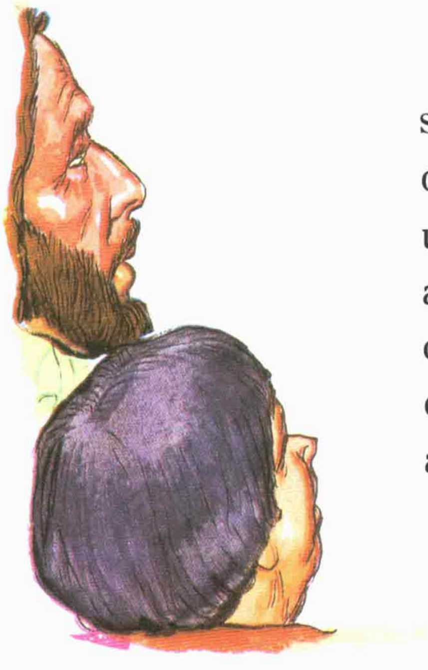
Estas aventuras no le hacen perder su afición a jugar con armas de fuego.

Luis es, sin embargo, un niño muy piadoso y sus aficiones no le hacen olvidar que ante todo está Dios que le ha hecho nacer dentro de una de las más nobles familias.

Vive en una de las más lujosas Cortes de Europa y es paje del Duque de Toscana, pero a pesar de tantas fiestas y diversiones, encuentra tiempo para rezar fervoroso y hacer penitencia.

Muchas veces le llaman sus amigos para que juegue y baile con ellos, pero Luis no los hace caso; él prefiere rezar y le gusta construir pequeños altares.

Cuando oye a sus criados llamarle «Príncipe y Señor» les contesta: —Servir a Dios es mucho más glorioso que todos los principados del mundo.



Curiosos miran los servidores por las rendijas de la puerta; unas veces le ven arrodillado, rezando con los brazos en cruz; otras llorando y azotándose.

Convertido en pequeño apóstol recorre las calles de la ciudad enseñando el catecismo a los niños, con alegría de su madre. Pero el padre se disgusta porque quiere que Luis sea soldado, carrera que seguían entonces todos los hijos de los nobles.

Cuando tiene edad para hacer la Primera Comunión, la recibe de manos del gran Cardenal Carlos Borromeo, que luego será santo. El niño comulga con grande devoción y el corazón lleno de amor a Jesús.

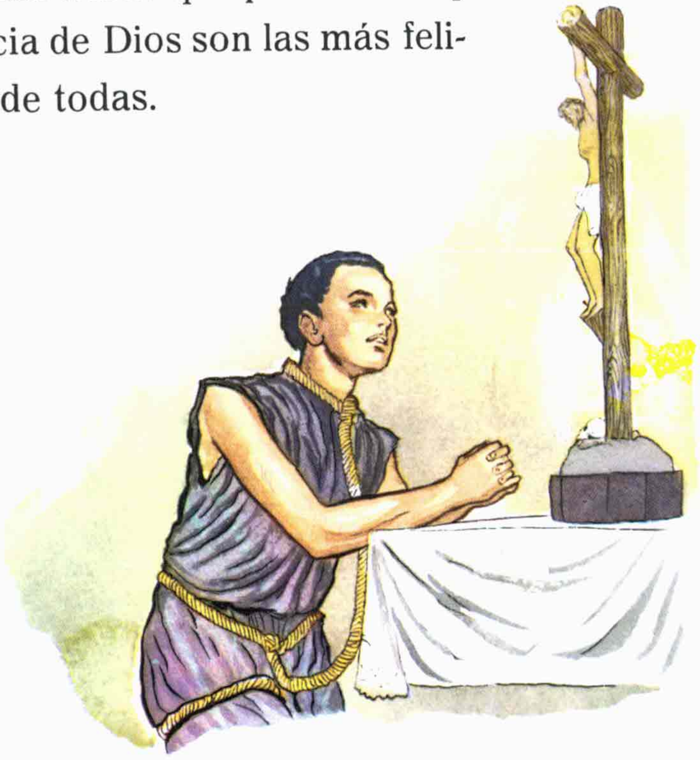
Ante el Rey de España, Felipe II, pronuncia Luis un precioso discurso en perfecto latín, pues a su inteligencia se une su afán de estudiar.

Luis Gonzaga tiene quince años cuando determina seguir a Jesucristo. Siente como la voz de la Virgen María le pide que entre en la Compañía de Jesús.

Don Fernando se opone terriblemente y el pobre Luis tiene que luchar durante dos años para conseguir su deseo. Un día aparece en una lujosa fiesta montado en un asno viejo y pelado y todos se ríen de él.

Se ve obligado a recorrer otra vez las Cortes de Italia. Obedece a su padre y se viste lujosamente, perc cuando está solo se pone un say y se entrega al rezo y penitenc adorando a Jesús Crucificado.

Las horas que pasa así en presencia de Dios son las más felices de todas.



Al fin vence al padre su constante dulzura y obediencia. Renuncia oficialmente al marquesado, en favor de su hermano Rosendo. Tira su espada y su cuello de encaje y entra en la Compañía de Jesús, vestido con la túnica más pobre que encuentra.

Nunca echa Luis de menos todas las riquezas que abandona para ser religioso.

Luis es muy humilde y durante su noviciado busca los oficios peores y más duros y sirve a los demás. Cava el huerto durante largas horas y siempre está alegre y dispuesto a obedecer, aunque le manden hacer cosas que no le gusten mucho.

El Cardenal Escipión visita un día el Convento. Encuentra al novicio con un delantal de cocina, un cogedor y una escoba en las manos. Vestido así se arrodilla ante él para recibir su bendición.

El Cardenal se la da admirado de tanta modestia en el que fue tan rico y mimado por todos.

Escucha muy atento los consejos que le da su confesor, San Roberto Belarmino, y vive muy santamente. Todos los días comulga y oye la Santa Misa con devoción. Todos le quieren y admiran por su dulzura, humildad y obediencia.

Es el modelo del novicio perfecto.

Una epidemia de peste invade la Ciudad. Luis lleva a los enfermos, que encuentra por las calles, hasta el Hospital en sus propios brazos; se contagia y enferma gravemente.

Pero se cura pues todavía ha de vivir algunos años para seguir admirando a todo el mundo con sus muchas virtudes.

El novicio ama tanto, y tan intensamente a la Virgen Santísima, que la considera como su Madre en la tierra y en el Cielo, y le ofrece lirios, tan puros y blancos como su alma.

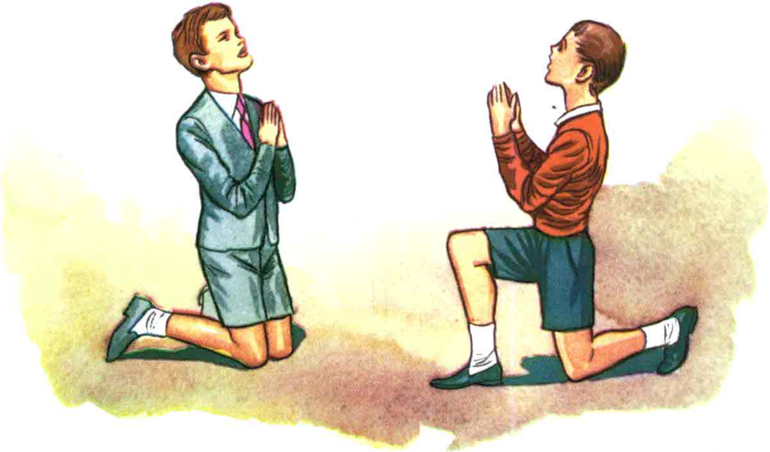
23 años tiene Luis Gonzaga cuando enferma otra vez gravemente.

— ¿Qué hace, Hermano Luis?, le pregunta el Superior.

— ¡Nos vamos al Cielo!, le contesta con sonrisa de ángel.

Es el año de 1591.

Luis Gonzaga es Canonizado por la Iglesia, que le nombra Patrono de la Juventud por su fervor y pureza de lirio.



Así recompensa Dios, en su amorosa Justicia, la vida que llevó en el mundo este santo, que prefirió vivir pobremente en su convento, a ser príncipe, lleno de riquezas; y que todo lo hizo por amor a Jesucristo, Nuestro Señor.

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA. ISBN: 84-7770-535-6. Depósito legal: M. 47.292-2000. Imprime: Impresos y Revistas, S. A.

ISBN: 84-7770-535-6